

Miguel Delibes de Castro
Adolfo Gómez Papí

PEQUEÑO MAMÍFERO

El cachorro humano
y otros lactantes



Lo que el mundo animal te enseña sobre el comportamiento de tu bebé

ÍNDICE

Portada

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. LA REPRODUCCIÓN DE LOS MAMÍFEROS

- Evolución del sistema reproductor
- Altriciales y precociales
- Potencial reproductivo
- La mejor época para la crianza

CAPÍTULO II. LA GESTACIÓN

- Duración de la gestación
- Un periodo de cambios

CAPÍTULO III. EL PARTO: UN MOMENTO CLAVE

- Las fases del parto
- Los embarazos múltiples
- Cesárea: una solución extrema
- La excepción humana: placentofagia
- La madre humana en el periodo posterior al parto

CAPÍTULO IV. LA LACTANCIA

- Ventajas de la lactancia
- Cómo funciona la lactancia
- La leche: un alimento inmejorable
- El lactante como consumidor
- Dificultades y temperamentos

CAPÍTULO V. EL RECIÉN NACIDO

Primeros pasos por la vida

El vínculo entre madre e hijo

La importancia del apego

Talla y aspecto del recién nacido

Las sorprendentes capacidades del recién nacido

Cachorros en peligro: los riesgos existen

El cachorro humano prematuro

El papel del padre y la crianza cooperativa

CAPÍTULO VI. LA INDEPENDENCIA CRECIENTE DE LOS CACHORROS

El destete: primeros pasos hacia la alimentación adulta

La transición al alimento sólido en los humanos

Cuando el cachorro empieza a vivir solo

Aprender jugando

La importancia de la comunicación y el lenguaje

DESPEDIDA

BIBLIOGRAFÍA

Sobre cachorros humanos:

Sobre cachorros no humanos:

CRÉDITOS

notas

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

La mayoría de los nuevos padres desconoce cómo se comporta un recién nacido, cómo expresa sus necesidades. Puesto que somos un animal eminentemente social, la cultura que nos rodea influye mucho en nuestras decisiones. El entorno ha opinado sobre el embarazo, la forma de alimentar al bebé; hay foros prolactancia y procrianza natural, pero también otros probiberón y procrianza conductista.

No obstante, existe otro posible manantial adicional de información para los nuevos padres. Nuestros bebés son cachorros, como los de tantos otros mamíferos. Las conductas de estos en cuanto al cuidado de sus crías pueden ayudarnos a entender mejor lo que nuestros bebés necesitan.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin el entusiasmo y la capacidad de convencimiento de las editoras de Temas de Hoy, en particular Ana Lafuente. Tampoco sería lo que es sin el descomunal esfuerzo de José Manuel Lechado para encontrar un hilo conductor común a dos discursos a primera vista muy diferentes. Muchas gracias por vuestro trabajo.

Miguel Delibes de Castro desea agradecer a sus amigos Mari Carmen Blázquez, Javitxu Calzada, Sofía Conradi y Mamen Fernández sus consejos y sugerencias a lo largo de la redacción y la revisión final. Aunque seguirá habiendo errores, si no hay más es gracias a ellos. La biblioteca de la Estación Biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y las personas que en ella trabajan facilitaron con rapidez y amabilidad el acceso a documentación que resultó imprescindible. También la Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM) puso sus fondos bibliográficos a mi disposición. Por fin, gestar un libro, al menos en este caso, ha sido mucho más largo que gestar un bebé. Mientras escribíamos y revisábamos textos se han gestado y han nacido Pepe y Julia, sobrino-nieto y nieta, respectivamente; a más de conovernos, ellos y sus padres, Elena y Can, Elena y Miguel, me han estimulado para pensar en cachorros y crías y les van dedicadas estas páginas.

Por su parte, Adolfo Gómez Papí quiere agradecer a la editorial Espasa, y en particular a Olga Adeva, su interés y su apoyo en el proyecto del anterior libro, *El poder de las caricias*, sin el cual este «Pequeño mamífero» no habría existido. Agradezco a mi madre su forma de criarnos y amarnos a sus siete hijos y a sus dos nietos mayores, porque cuanto más tiempo pasa y más me sumerjo en el cono-

cimiento de la crianza, más lo admiro y aprecio. Doy gracias a mi mujer, Marta, por compartir con ella las crianzas de nuestros tres hijos, Carlos, Luis y Pepe, tres hombres de los que nos sentimos plenamente felices y orgullosos; y por su comprensión y apoyo por tantas horas de trabajo que he tenido que sustraer de su compañía. Agradezco a todas aquellas parejas que hayan compartido con nosotros las primeras horas de sus bebés y que nos han enseñado a apreciar la extraordinaria relación que se establece con sus hijos desde el primer momento; y a las que hemos tenido la oportunidad de acompañar durante aquellos días en los que sus lactancias se complicaron, porque nos han admirado con su coraje pese a las enormes dudas y al sufrimiento de muchas de ellas. Y, finalmente, a todos mis amigos y compañeros del mundo de la lactancia materna, por lo mucho que he aprendido cada día que he compartido con ellos.

INTRODUCCIÓN

Cuando una pareja se plantea tener un hijo se imagina el momento en que, una vez nacido, lo tendrá en brazos y podrá conocerlo. El padre y la madre habrán tenido que pasar por el proceso de desearlo, por todo un embarazo —nueve largos meses, o cuarenta semanas— y el parto. Y con el parto no acaba. Tener a nuestro hijo en brazos nada más nacer hace que nos sintamos tremendamente responsables de él. La mayoría de los nuevos padres desconoce cómo se comporta un recién nacido, cómo expresa sus necesidades y cómo reacciona, tanto cuando se satisfacen como cuando se ignoran. Los padres apenas acaban de plantearse cómo lo van a alimentar (pecho o biberón) y si van a estar pendientes de sus necesidades o van a inclinarse porque se acostumbre a no necesitarles.

Es frecuente que los padres nos expresen sus dudas en la misma planta de maternidad: «Ha hecho una toma al nacer, pero ahora lleva horas sin querer mamar», «¿No estará resfriado? Es que estornuda mucho», «Mama, pero no come nada porque no tengo leche», «No ven más que sombras, ¿verdad?», «Llora en cuanto lo pongo en la cuna», «Ha estado toda la noche al pecho. Si no, lloraba», «No sé si lo pongo bien al pecho», «No sé si lo estoy haciendo bien».

Como somos un animal eminentemente social, la cultura que nos rodea influye mucho en nuestras decisiones. El entorno ha ido haciendo preguntas —«¿Cuándo os vais a animar a tener un hijo?»—, ha opinado sobre cada una de las circunstancias que han concurrido en el embarazo, la elección del lugar donde tener el bebé, la forma de alimentarle, de cuidarle, que si irá a la guardería pronto, que si el chupete... Los padres han escuchado opiniones muy variadas sobre cada uno de estos aspectos, una y otra vez. Y seguirán escuchándolas. Si se han decidido por el pecho, al-

guien aconsejará a la madre que le dé biberones porque el bebé pasa hambre, porque ella sufre, porque el bebé no engorda, porque también se crían muy hermosos así... Por suerte hoy en día hay muchas otras fuentes de las que los futuros padres pueden beber antes de tomar decisiones. Inevitablemente algunos libros se contradicen, y no digamos las páginas de Internet. Hay foros pro lactancia y pro crianza natural, pero también otros probiberón y pro crianza conductista. Los unos con opiniones tan apasionadas como los otros.

Adicionalmente existe otro posible manantial de información que al menos puede ayudarnos a satisfacer la curiosidad. Nuestros bebés son cachorros, como los de tantos otros mamíferos. Las conductas de estos en cuanto al cuidado de sus crías pueden ayudarnos a entender mejor de dónde provenimos, lo que nuestros bebés necesitan, por qué las madres sienten el deseo de tener a sus recién nacidos pegados a ellas y por qué insisten en amamantarlos. ¿Podría ser útil, o cuando menos interesante, una conversación entre un médico neonatólogo y un biólogo dedicado al estudio de los mamíferos? Pensamos que sí. Nosotros hemos disfrutado mucho charlando, hemos aprendido el uno del otro, nos hemos sorprendido mutuamente... ¡Hay tantas similitudes y, al mismo tiempo, tantas diferencias en nuestros objetos de trabajo!

¿Pretendemos sugerir que los mamíferos no humanos puedan ser modelos a imitar por nuestra especie? ¡En modo alguno! ¡Encontraremos en ellos detalles dignos de ser copiados, pero también otros detestables! Es cierto que compartimos muchas características con los restantes mamíferos, pero también hemos acumulado muchas diferencias. De hecho, todos los seres vivos estamos emparentados, conformamos una historia común. Desde la más humilde bacteria a la más hermosa orquídea o la gigantesca ballena azul —por no hablar de nosotros mismos— tuvieron (tuvimos) un antepasado común que vivió hace aproximadamente 3.500 millones de años. Debido a ello todos nosotros compartimos algunas características tan antiguas co-

mo la misma vida en la Tierra. Tal vez el mejor ejemplo sea el sistema para transmitir la herencia, basado en los ácidos nucleicos. El ácido desoxirribonucleico, el famoso ADN, es parte del equipaje de todos los seres vivos del planeta. Hay otra característica compartida más general aún, pues debe ser propia de cualquier forma de vida donde quiera que exista, y es la pulsión de perpetuarse, de dejar descendientes vivos que puedan, a su vez, reproducirse. La vida tiende a durar, pues si no, no sería vida.

Una larga historia común, si bien garantiza algunas similitudes, implica también mucho tiempo para diferenciarse y generar rasgos distintivos que se van acumulando. Los humanos, igual que las plantas y los animales, somos muy diferentes de las formas más primitivas de vida porque nuestros antepasados se separaron de ellas hace más de 30 millones de siglos. ¿Se da cuenta el lector de la enorme magnitud? Es tan largo el llamado «tiempo evolutivo» que ha sido posible que muchas adaptaciones aparecieran más de una vez. Por ejemplo, el cuidado de los retoños. Los humanos cuidamos a nuestros bebés, faltaría más, y como es sabido también lo hacen los restantes mamíferos y las aves. Pero de ningún modo la atención a las crías es una característica exclusiva de estos grupos de vertebrados. Pensemos, por ejemplo, en los insectos sociales, como las abejas, con su sistema de castas y sus complicados procedimientos para cuidar y alimentar a las larvas. O en algunas arañas que transportan a las minúsculas arañitas sobre su dorso. Siendo niños nos sorprendíamos al descubrir que los cangrejos de río acarreaban los huevos bajo su abdomen (la «cola del cangrejo»), pero aún más al comprobar que, en ocasiones, lo que transportaban allí no eran huevos, sino pequeños cangrejos perfectamente formados. La protección a las crías alcanza niveles difíciles de igualar en algunos peces y ranas. Entre los primeros es común, por ejemplo, que un progenitor (a menudo el padre) cuide y ventile los huevos hasta que nazcan los pequeños, a los que después ofrece refugio en su boca ante cualquier peligro. Para evitar riesgos, cuando hace esto evita comer, aunque a los

observadores inadvertidos pudiera parecerles que está devorando a sus propios pequeños cada vez que ofrece la boca para que se oculten en ella. Más sorprendente aún es el caso de algunas ranas australianas (lamentablemente tal vez desaparecidas) que incuban los huevos y protegen a los renacuajos en el estómago, sin digerirlos, de forma que, cuando llega el momento del alumbramiento (¿deberíamos llamarlo así?), expulsan por la boca pequeñas ranitas. Claro que a este respecto quizás se lleven la palma los caballitos de mar. La hembra pone los huevos introduciendo una especie de pene (el ovopositor) en una bolsa abdominal del macho, que en consecuencia queda «embarazado»; la puesta se desarrolla en el interior de esa bolsa y será el padre caballito de mar quien parirá a sus hijos y cuidará de ellos.

Los casos del caballito de mar y de las ranas que incuban en el estómago nos sirven para deshacer otro equívoco. Los mamíferos parimos a nuestros hijos, ciertamente, pero no somos los únicos en hacerlo (e incluso entre los mamíferos hay excepciones, como veremos). Los aficionados a los acuarios conocen sin duda distintas especies de peces que lo hacen. También son vivíparas las víboras (el propio nombre latino, *vípera*, provendría de esta característica) y es más curioso aún el caso de ciertas lagartijas y salamandras que, dependiendo de las condiciones ambientales, pueden o bien poner huevos (que abandonan a su suerte), o bien incubarlos en su interior, alumbrando crías semejantes a los progenitores.

Si parir hijos vivos no es exclusivo de los mamíferos y cuidar de ellos tampoco, ¿qué rasgos poseemos que no se encuentren en animales de otros grupos? ¿Qué es lo que nos hace mamíferos, en lo tocante a la reproducción y la crianza? Nuestro propio nombre responde a ese interrogante: mamífero significa portador —o poseedor— de mamas. Poseer mamas y alimentar a los cachorros durante cierto tiempo con la leche segregada por las glándulas mamarias de la madre es lo que nos caracteriza a los mamíferos.

Este factor común a todos los mamíferos, la producción de leche para amamantar a las crías (otros son el pelo, la sangre caliente, las cuatro cámaras del corazón, determinados huesos del cráneo, etc.), estaba presente ya en los primeros ejemplares del grupo (clase *Mammalia*), evolucionados a partir de unos reptiles parientes de los dinosaurios hace la friolera de 225 millones de años. Aquellos mamíferos primitivos, de los que apenas conocemos rasgos sueltos gracias al registro fósil, debían de ser pequeños, semejantes a las musarañas actuales. Durante 160 millones de años los dinosaurios y los mamíferos compartieron la Tierra, pero como todo el mundo sabe los primeros fueron, en general, más grandes y exitosos. Eso no quiere decir, sin embargo, que los mamíferos no evolucionaran mientras tanto, por más que lo hicieran con discreción. Hace aproximadamente 130 millones de años un grupo de mamíferos primitivos, los monotremas, se separó de la corriente principal, probablemente en Australia. Cinco especies de monotremas sobreviven hoy y son los únicos mamíferos que ponen huevos, así que tendremos ocasión de hablar con detalle de ellos. Diez millones de años más tarde ya habían aparecido los primeros marsupiales, que son vivíparos pero carecen de una auténtica placenta, por lo que alumbran sus crías en un estado muy precoz y las custodian a partir de ese momento en una bolsa, el marsupio, donde completan su desarrollo. Los restantes mamíferos (incluidos, por supuesto, nosotros mismos) son placentados.

Hace 65 millones de años un drama global (casi con seguridad el choque de un asteroide con la Tierra en la península de Yucatán) acabó con los dinosaurios y con muchas otras formas de vida. Los mamíferos, que como hemos visto habían tomado posiciones previamente, aprovecharon esa ventana de oportunidad para evolucionar más rápido, diferenciándose en múltiples formas. Por eso se ha llamado a ese periodo geológico la «edad de los mamíferos». Hace 45 millones de años ya existían todos los grupos actuales de mamíferos incluidos los primates, el orden en el que nos ubicamos los humanos junto a los prosimios y los simios.

Hace algo más de 13 millones de años aparecieron los homínidos, primeros mamíferos de nuestra familia biológica. Entre 2 y 3 millones de años atrás ya había humanos sobre la Tierra, si juzgamos como tales a los miembros del género *Homo* (aunque algunos naturalistas consideran que los chimpancés deberían llamarse también *Homo*, en cuyo caso el género sería más antiguo). No han pasado ni siquiera 200.000 años desde que nuestra especie, *Homo sapiens*, hiciera su aparición en África y desde ahí poblara el mundo.

Cuando una hembra humana se queda embarazada, cuando da a luz, cuando amamanta a su hijo, cuando lo defiende de los peligros y cuando, ya crecido, lo ve partir para iniciar una vida independiente, no hace sino repetir una experiencia que han vivido infinidad de hembras de infinidad de especies de mamíferos desde hace 200 millones de años. Cada especie (y a veces cada individuo) lo hace a su manera, es cierto, porque, como dijimos, un tiempo tan largo ha hecho posible que aparezcan notables diferencias que se consolidan por tener valor adaptativo, es decir, por traducirse en un mayor éxito en la crianza.

¿No tiene el lector curiosidad por saber cómo gestan, cómo alumbran, cómo amamantan, cómo cuidan a sus retoños otras madres y padres mamíferos? ¿Y no le gustaría que un experto le ayudara a responder las mil preguntas que se plantean los jóvenes padres humanos sobre la crianza de su bebé? Este libro trata de eso: de pequeños mamíferos, de cachorros lactantes. En concreto del cachorro humano, pero también de los cachorros de las casi 5.500 especies de mamíferos que comparten con nosotros el planeta. En las páginas que siguen encontrarán un diálogo entre dos expertos que, esperamos, pueda aclarar las dudas de muchos lectores. Las palabras de uno de nosotros, Miguel, aparecen en tipografía redonda. Las del otro, Adolfo, en cursiva. Ojalá les interese.

CAPÍTULO I

LA REPRODUCCIÓN DE LOS MAMÍFEROS

Evolución del sistema reproductor

Entre los mamíferos actuales se pueden reconocer con facilidad tres grupos con diferente sistema reproductor:

1. Los monotremas (ornitorrinco, equidnas) ponen huevos, como los reptiles de los que proceden.
2. Los marsupiales alumbran crías que apenas son minúsculos embriones que deben culminar su desarrollo en un marsupio o bolsa marsupial donde se hallan las mamas. Incluyen canguros, koalas, zarigüetas, diablos de Tasmania y wómbats, entre otros.
3. Los euterios o mamíferos placentados constituyen el resto de los mamíferos, la inmensa mayoría, de la que los humanos formamos parte.

Actualmente existen 5 especies de monotremas, menos de 300 de marsupiales y más de 5.000 de euterios.

El ornitorrinco y los equidnas son mamíferos especiales porque ponen huevos, pero no solo por eso. El aspecto del ornitorrinco es desconcertante. Vive en los ríos y lagos de Australia, tiene un pico parecido al de un pato, la cola como la de un castor, el pelo corto y aterciopelado como un topo y membranas uniendo los dedos, lo que de nuevo recuerda a un ánade. Una leyenda aborigen sostenía que era fruto de los amores apasionados entre una bonita pata y un solitario y triste macho de rata de agua. Pero los científicos no admiten que tales extravagancias ocurran, así que cuando el primer espécimen (por supuesto, disecado) llegó al Reino Unido a finales del siglo XVIII, lo que pensaron fue

que se trataba de una broma o, peor aún, de un intento de fraude. Probablemente un taxidermista avisado, a la par que hábil, había cosido cuidadosamente trozos de distintos animales para construir con ellos una quimera, un ser de fantasía, y venderlo a un buen precio pretextando que en realidad existía. El doctor George Shaw, en consecuencia, tomó unas tijeras y desmontó al ejemplar buscando las costuras. Su sorpresa fue enorme al no encontrarlas, de manera que se dio prisa en describirlo científicamente. Lo hizo en 1799 con el nombre de *Platypus anatinus*, que significa «pies planos» (el primer término, procedente del griego) y «parecido a un pato» (el segundo término, del latín). Más tarde, sin embargo, se descubrió que había unos escarabajos a los que previamente habían llamado *Platypus*, de modo que se cambió el primer nombre por el de *Ornithorhynchus*, que había sido propuesto por un alemán y corresponde a «morro de ave» u «hocico de ave».

George Shaw defendió que el animal que había descrito era un mamífero, pero sus colegas estaban muy lejos de ponerse de acuerdo sobre el asunto. ¿Cómo podía ser un mamífero, si los machos tenían testículos internos como los reptiles y ambos sexos mostraban cloaca, es decir, una abertura común para los canales reproductivo, digestivo y excretor? Además los aborígenes y algunos viajeros decían no solo que ponía huevos, sino que lo hacía en lo más profundo de oscuras madrigueras subterráneas. Científicos decimonónicos muy relevantes pensaban que el ornitorrinco pertenecía a un grupo probablemente reptiliano, aunque próximo a los mamíferos. Sin embargo, las evidencias fueron imponiéndose. Un paso fundamental fue descubrir que las hembras poseían glándulas mamarias, bien que un poco extrañas. «Si aquel animal producía leche —decidieron los sabios de la época— era un mamífero; y si era un mamífero tenía que parir hijos vivos, como hacen todos los mamíferos. Lo de poner huevos era una superstición». Con esa incapacidad que a veces muestran los científicos para aceptar cuantos hechos escapan a su «verdad establecida», los ex-